



ALLENDE LA VERDAD

I

Abrío Quintín la esquila de su amigo, el *factotum* del Ministerio de Estado, y los dos renglones le saltaron á los ojos y le cruzaron como un trallazo el alma.

«Oficialmente consta que ha sido fusilado por los insurrectos el General Morans.»

Tan sobrecogido al pronto que no entendía por qué le escribían aquello—enlazó después la noticia con telegramas de la Prensa referentes á la revolución de Colombia, y en los cuales maquinalmente se había fijado. ¡Ahí es nada! ¡Mercedes viudá!

Iba á cumplir Quintín Carrillo de Albornoz los treinta y ocho, y hacía nueve ó diez años que le unía á Mercedes Alvarado, esposa del célebre Brigadier Morans, el de las cuarteladas,

un lazo secreto..., no tan secreto, sin embargo, que no lo conociesen bastantes curiosos. Cierta que, cansados de murmurar, optaban ya por callarse, tomando como fórmula de transacción el «puede que sea calumnia», y el «eso debe de haberse acabado hace un siglo» del indiferentismo mundano; y no menos cierto que á nadie interesaba mayormente el honor conyugal de aquel Brigadier, valentón, pero cabeza destornillada si las hubo, que después de gastarse lo suyo y buena parte de lo de Mercedes en vicios estrepitosos é intenciones de sediciones republicanas — que á poco le cuestan la piel —, emigró, no á París, que es lo corriente, sino á la América Central, donde unos le dieron por muerto, y otros, mejor informados, por encumbrado personaje militar, brazo derecho del Presidente. Sin embargo, á Quintín Carrillo, educado por padres de principios severos y hasta estrechos, en una familia de esa antigua magistratura española donde tuvo altares la integridad, le había escocido siempre lo irregular de su situación, y en los primeros años de amor deseó mil veces, involuntariamente, la noticia que recibía ahora. El destino tiene de estas juguetas sarcásticas. Ahora..., ahora, Quintín daría algo bueno porque aquella bala perdida del Brigadier Morans emulase en longevidad al patriarca Matusalem.

En efecto, era cosa resuelta, en las deliberaciones del amante, romper con la amada — no amada ya —. Para justificar la resolución, Quintín se alegraba á sí mismo, de buena fe,

larga serie de razones. Como el que vuelve á la casa paterna después de largo tiempo, abre un armario y encuentra en él recuerdos de la madre muerta — el abanico que evoca la forma de sus manos, la pañoleta arrugada por su cuello, el devocionario señalado por la página que contiene la oración familiar, la fotografía amarillenta que concreta la imagen medio desvanecida —, Quintín sentía ascender, del trasfondo de su alma, anterior á la crisis pasional, las impresiones de la primera edad, en que estaba moldeado su espíritu de hombre; y le infundían hacia Mercedes un desasimiento gradual, una náusea moral, en los comienzos imperceptible, luego caracterizada, que le alejaba de la mujer por quien pensó, antaño, morir de dicha y de celos... A compás de este desvío, nacía y alesteaba un ensueño, al cual prestaba algo de poesía el conflicto de su oposición con la realidad del vivir de Quintín. Por lo demás, era un ideal semejante al del vecino de enfrente; un ideal burgués, sin rastro del romanticismo habitual, que escandece y solivianta el ánimo en los amores prohibidos. ¡Casarse... un hijo..., sacarlo á paseo! He aquí la modesta aspiración de Carrillo.

¿Modesta? No tanto... No le salen hijos al que quiere, y poderosos de la tierra hay que pagarían á peso de diamantes el retoño de su sangre y de su raza... ¿Modesta? En diez años, Mercedes, ni por asomos... «Yo tengo derecho á ser padre», repetía para sí Carrillo, sin admitir ni la contingencia de que también la esposa

legítima saliese estéril... Con Mercedes misma había hablado, insistiendo, del sueño de paternidad..., claro es que sin aludir á los preliminares conyugales. «¡Me gustan todos los niños que veo por ahí; figúrate, uno propio!» Y como la edad viril avanzase, camino de la madurez, que es la senda por donde se llega presto á la vejez, Quintín no aguardaba más... ¡Ruptura, vida nueva...! A buscar manera de desenredarse pronto de aquella *historia*—como crudamente la llamaba, en ese lenguaje interior, tan cínico y tan descarnado, de los amantes enfermos de hartura... Y he aquí que el amigo funcionario en Estado, cumpliendo un encargo cuya importancia no ignora, transmite la nueva del fusilamiento, que hace á Mercedes dueña de sí, y posible la legalidad de sus relaciones...

Algunos minutos permaneció absorto Quintín. No se le ocurría solución alguna. Dejó al fin la esquila sobre una mesa, encendió un cigarrillo y llamó al timbre. Acudió el criado—el socarrón de Benito, pisando quedo, afeitado, blando de ademán, tan semejante á un seminarista—, y no formulada aún, adivinó la orden y la dió al aire con acento cauteloso, entre galiciano y portugués:

—Señorito... ¿Un vaso de café frío y el ron?

Era la bebida favorita de Quintín, habituado á ella en las frecuentes excursiones á que le obligaba su profesión de ingeniero agobiado de trabajo lucrativo. El médico le había ordenado: «No cate usted aguas que no conozca; ni en la montaña, ni surtiendo de piedra. Coma de lo

que le presenten, pero llévese consigo una maquinilla, hierva bien el agua desconocida y tómela saturada de café. En el agua bebemos nuestra condenación.» Cuando Benito posó sobre la mesa la bandeja, instintivamente Quintín recogió receloso la carta y se la guardó en el bolsillo. El ladino servidor ya miraba de soslayo. «Pues de la señorita Mercedes, no es.»

Enjugóse Quintín la seca garganta con la infusión adicionada de *Negríta*, y su voluntad pareció templarse como acero. Justamente porque Mercedes estaba viuda, era por lo que urgía desatar... Cuanto antes; no perder un minuto... Y la cobardía, latente bajo apariencias de valor, susurró al oído miserables consejos. «Adelántate. La noticia no se sabrá hasta dentro de días. Quizás los periódicos ni la comuniquen. ¡Interesa tan poco aquí lo que sucede en Colombia! Si Mercedes se entera de la muerte de su marido, se enreda la madeja, y al romper, la ofendes y humillas... Aprovechemos los instantes; insinuemos algo de separación sin decir palabra de la viudez, y sirvan de excusa viajes, negocios... Daré palabra de escribir... Después, no se escribe, ó se escribe de manera que contribuya al desengaño..., y á la vuelta, todo arreglado insensiblemente...» Convenido consigo mismo el fraude, Carrillo dudó entre una misiva hábil ó ir en persona. «Más vale ir», decidió al fin, ante la dificultad de redactar páginas impregnadas de mentira desde la cruz á la fecha. No era gran epistológrafo, y el conocimiento que creía atesorar del carácter de Mer-

cedes le prometía mejor resultado en una entrevista, que hasta podía ser muy cariñosa...

Creía Quintín conocer á Mercedes á fondo, y se engañaba, como se engañan cuantos piensan que es igual una mujer que se siente amada á una mujer vendida y ofendida.

A la vuelta de tantos años y de tan estrecha intimidad, Carrillo no había desentrañado el arcano de un alma femenina, porque la relación amorosa tiende un velo sobre ciertos aspectos de las almas, y un fingimiento sincero, si cabe decirlo así, obliga á la mujer enamorada á no descubrir el fondo de negrura psíquica, el sedimento demasiado humano que acaso ella misma ignora. Se adereza y acicala lo moral como lo físico, y lo moral y lo físico serían quizás hermosos siempre, á no desfigurarlos el corrosivo de la maldad ajena. Carrillo no sospechaba que Mercedes se contase entre las mujeres á quienes la desgracia vuelve peores — pues las hay que salen del purgatorio del dolor purificadas y casi santas—. Poco observador de lo inmediato, como suele suceder á los hombres dados á estudios científicos, no entendió que su amiga era capaz de impulsos generosos, pero también de rencorosas violencias; de espiritualismos ultradelicados y de egoísmos sensuales; de rectitud y desinterés exagerado—particularmente en cuestiones de dinero, sin lo cual Morans no hubiese podido despojarla de la mitad de su hacienda—, y de perversidad sabia en el daño, si á ello la impulsaban hiriéndola alevosamente. De que le había sido fiel, con probada

fidelidad, deducía Carrillo que en ningún terreno era Mercedes peligrosa. Únicamente le cohibía, en aquella decisiva hora, algo de compasión y piedad, el afecto que engendra la costumbre, el sufrimiento de ver sufrir. «A bien — discurría, mientras le presentaba Benito guantes, sombrero, abrigo y bastón — que de tiempo acá, ella debe de haber notado... Me ha dado quejas... Se la tiene tragada, de seguro...»

II

Corridos diez minutos, se apeaba del tranvía, no delante de la casa de Mercedes— porque después de comprometerla al principio con indiscretos extremos, ahora no omitía nunca las precauciones—, sino en la plazuela, donde desembocan varias calles. Anduvo un rato y se enhebró por la bocacalle segunda. En el portal, la señá Malia, la portera, hembra jacarandosa del pueblo madrileño, artísticamente atusada, llena de bucles y bandolina, como que venía en de-rechura del más próximo «Salón de arrepeinar señoras» del barrio, le dirigió un «¡Felices, señorito!», con su airosa y recalcada pronunciación de chulapa. Apenas contestó Quintín, y la mujer, chafada, rezongó: «¡Andá! No va poco metió en sí! ¿Qué mosca l'abrá picao? Otras ve-

ces me pregunta por los chicos ó les hace carantoñas...»

Al llamar del modo tan conocido á la tan conocida puerta, las piernas de Quintín eran dos rrollos de algodón en rama, y las arterias de sus sienes armaban un ruido de fragua que le aturdió el cráneo. No valía repetirse sordamente: «Hago bien, voy de lo prohibido á lo lícito: me dirijo hacia lo más santo, que es la paternidad...» La conciencia argüía sin réplica: «¡Farsante! Ya no es prohibido... ¡Es que te has cansado, es que Mercedes no te seduce... No me vengas con retóricas: á mí nadie me la pega! Soy el Testigo, soy el ojo...»

Aguardaba Mercedes en el gabinete donde diariamente se veían, sentada en el mismo sofá de elegante forma, en que se acurrucaba entre pilas de fofos y finos almohadones, cómplices de la amorosa languidez. Si alguien pudiese acechar la expresión de su fisonomía, descubriría en ella una ansiedad trágica. Las noticias auténticas que Quintín, secretamente, pedía á la amistad, las tenía desde muy atrás solicitada la señora de Morans mediante soborno en el consulado de Colombia. Un empleado subalterno enteraba, en reserva, de cuanto se sabía del aventurero Brigadier; y no hacía tres horas que, en persona, había venido su confidente á referirle lo que después se llamó «el drama de Popayán». Rotas estaban sus cadenas...

—¿Qué efecto produciría la nueva en Quintín?—De la respuesta á esta interrogación dependía todo el porvenir de Mercedes Alvarado.

Otra mujer menos cauta se propondría recibir á su amigo espetándole la novedad entre la expansión de un abrazo tierno... Ella se guardaría de cometer tal inocentada. Primero le tantearía, dirigiría la plática hacia el terreno candente... No la engreía la dulce seguridad del que se cree adorado. Al contrario, temblaba y temía. Quintín no era el de antes...

La ya viuda de Morans no representaba los treinta y seis años que rezaba su partida de bautismo. No muy alta, carnosa, pero esbelta aún, de facciones expresivas y regulares, de ojos bien engastados y penetrantes y flecheros, la hacían más joven el abundoso pelo, de un negro de tinta, y el diseño de la boca, que en momentos de gozo sonreía casi infantilmente. La nariz, un tanto aguileña, dilataba sus alas palpitantes; y el mirar, en horas de desconfianza, era astuto, de una agudeza completamente femenil. No debía de ser fácil burlar á aquella hembra, y sobre todo, una vez sospechada la burla, no sería cómoda de aplacar, sobre todo, si en vez de estallar por fuera, la cólera se recogía adentro, hirviendo en la sombra, acechando oportunidad de venganza. Como toda mujer que tiene vida sentimental y es un poco jamona, Mercedes cuidaba prolijamente de su tocado y atavío. A la hora en que sonó el timbre advirtiendo que Quintín llegaba, la señora de Morans se envolvía en una bata de crespón rosa hortensia—color que realzaba la negrura de la cabellera española, y que incrustaban irlandesas antiguas, entre gasas blandamente rizadas y flotan-

tes.—El pie que el remangue de la bata descubría, era delicado, primoroso, calzado de raso negro y cautivo en media de seda transparente. Una hebillita de estrás blasonaba el empeine curvo. Los dijes de un brazalete de barbada, que rodeaba la muñeca izquierda, tilinteaban apenas á la agitación del pulso y al temblor de la mano, larga y ebúrnea, cuidada como una flor.

Bastó á Mercedes ver entrar á su amigo para comprender al vuelo que también él *sabía*. ¿Por qué? No es fácil razonar las corazonadas, y todo enamorado las tiene. Quintín estaba al cabo, y venía á tiro hecho... «¿Por dónde saldrá?...» Dominándose prontamente, le interrogó aparentando sólo la acostumbrada amante solicitud:

—¿Qué te pasa? Parece que vienes... preocupado... Siéntate, explica... Anda, Tinito, acércate...

El se acomodó en la butaca, ceñudo, displicente, colocándose de modo que ni el paño de su ropa rozase los sueltos encajes de la bata de su amiga. Actitud cruel, como es cruel todo en los fines de amor. Mercedes se sintió apuñalada por el cuchillo de aquella estudiada distancia-ción, mucho peor que una ausencia, y calculó: «Sabe que he enviudado y se desvía... Quiere romper.» La atroz convicción la dejó un punto sin habla, sin pensamiento... Al fin recobró la voz y exclamó imperiosamente:

—¿Qué es eso? No te reconozco el derecho de venir á sentarte frente á mí convertido en estatua... Hazme el favor de explicarte de una vez

y no mirarme así, como si tú fueses el juez y yo el reo...

Mascando quina ó algo que difícilmente se tragaba, Quintín acabó por arrancarse con una solemne simpleza:

—Tengo cerca de los cuarenta, Mercedes... Tengo cerca de los cuarenta...

—Bien; ¿y qué?—murmuró Mercedes irónica—Sabemos mutuamente nuestras edades.

—Es que... Es que debo advertirte que me urge hacer... hacer muchas cosas... que no puedo hacer estando á tu lado... ¿entiendes? Y después no será hora ya... ¡El tiempo pasa!

III

Sofocación repentina cortó el respiro á Mercedes. ¡El tiempo! ¡Por dónde salía ahora! ¡Qué mezquino, qué miserable subterfugio! ¡Qué frases sin ilación, de apocamiento, de embuste! Con disculpas balbucientes quería esconder la verdad... Notó la de Alvarado un curioso sentimiento: el bochorno por cuenta ajena; se avergonzó de aquel hombre, tan idolatrado y tan pequeño, tan falso y tan cohibido... Llanto repentino, saltando de los lagrimales, aguazó sus negras pestañas, y se apresuró por el surco de las mejillas. Se remedió con el pañuelo. Un tanto conmovido por dentro, impasible por fue-

ra, Quintín volvía la cara. ¿No estaban descontadas las lagrimitas? Sólo que no es lo mismo suponer estas cosas que verlas... ¿Consuelos? ¿La vulgaridad de la protesta amistosa, de la esperanza á largo plazo, del llamamiento á la cordura? Por torpe en sentir que Quintín fuese, bien sabía que no hay consuelo humano... ¡El tiempo! Sí; el tiempo consuela—porque es la forma en que diariamente se acerca la muerte á nosotros...—Consuela el tiempo como adormece el dolor la morfina: matando á la corta ó á la larga...

—Bueno...—balbuceó ella, alzando los ojos ya enjutos y enrojecidos—. Comprendido, ¿entiendes? No necesitas molestarte más. ¿Por qué no dices las cosas abiertamente, entre nosotros, que nos hemos jurado mil veces franqueza? Estás cansado de mí y tienes tus planes de casamiento. ¿A que sí? Magnífico... Venga el nombre de la futura.

—¡Si no hay tal futura!—protestó él agarrándose con ansia á un clavo ardiendo—. Te equivocas... ¿De dónde sacas...? Lo que yo me he propuesto es viajar... un año... ó dos... Lo exigen mis asuntos profesionales; he de residir en el extranjero, para realizar un sin fin de planes y aprender muchas cosas nuevas, que me conviene dominar... Y necesito ir con la manos desatadas, tranquilo... Recobro mi libertad enajenada...

—¡Alto ahí!—clamó la señora con arranque—¡Nada de mala fe! No te he quitado la libertad nunca. Nuestro compromiso ha sido

voluntario. Si otra cosa aseguras, mentirás. La voz vibraba indignada.

—Voluntario ó no, he vivido siempre sujeto. ¡Sé razonable, Mercedes! No vayas á figurarte tonterías. Esto no es acabar, no es un corte definitivo. Déjame respirar... Respiremos los dos un poco. Después, ¿quién sabe?, acaso nos querremos doblemente...

—Sí, sí... Calla, calla.—Mercedes se había levantado, poniéndose de espaldas para esconder otro acceso de llanto, de gritos, de sollozos; pero la voz la denunciaba, á pesar del bárbaro esfuerzo con que se contenía. Al cabo de un rato se volvió jadeante.—¿No ves que eso es pueril y además desleal? Ten siquiera valor: descarga el golpe con el pulso sereno. Mírame, serena también.—Y se encaró con él, apoyándole las manos en los hombros, enviándole al rostro la sugestión de otro rostro que acusaba y retaba, y el soplo violento de su furia.—Estoy serena...—Al hacer esta afirmación increíble, Mercedes tenía un gesto siniestro, un mirar de abismo. En los breves instantes de la crisis, la *idea* vengadora había surgido al choque del mismo dolor en el espíritu apasionado, que no se resignaba ni renunciaba. Ideas semejantes laten algún tiempo en lo indeterminado del pensar, con latido apenas perceptible; flotan allí, en previsión de lo que pueda suceder, arrinconadas, rechazadas por fantásticas y absurdas, hasta el momento en que la necesidad las impone y el arrojío de la desesperación les presta relieve, les da cuerpo... Preparada es,

taba Mercedes; en largas noches de vela, en días desocupados, de esos intervalos tranquilos que hay en el proceso pasional más ardoroso, si se prolonga, la mujer, temerosa de ver evaporarse de pronto la esencia de su vida, había agotado todas las hipótesis, presentido todas las formas en que puede aparecerse la fatalidad y calculado los medios para contrarrestarla. Hallábase dispuesta en cualquier momento á luchar. Los medios serían buenos con tal que fuesen eficaces. En el sentimiento, Mercedes profesaba los principios de un hombre de acción.

Recogida interiormente, tensa y flechada el alma como un arco de combate, esperaba. Quería ver si aquel miserable proseguía callándose lo principal, la muerte de Morans, lo que precisamente le impulsaba á precipitar la ruptura, sin miramientos, sin respeto á lo pasado, sin dar siquiera espacio para que el tremendo golpe doliese un poco menos...

—¡Ceditas!—pronunció él, usando el nombre íntimo, con ineficaz intento de aliviar lo inaliviable—Ceditas, un poco de paciencia... Yo siempre te recordaré... No creas que se trata de abandonarte... Vamos, no seas así; mira que me afliges...

—¡Te aflijo yo á ti!—Y la señora rió con una especie de ironía salvaje —¿Qué dices? ¿Que me recordarás siempre?—añadió ya decidida—¡Pues no me habías de recordar! De eso sí que estoy segura... No tengas miedo, no cabe que me olvides; pero no será por virtud de tu

ternura ni por la fidelidad de tu memoria. Será por algo que tú no puedas sospechar... y que te va á sorprender... ¡Vaya! A sorprender mucho. Graba en tu imaginación la fecha de hoy, grábala; estamos á 15 de Marzo... ¡La casualidad es rara! Pero no la llares casualidad; llámala Providencia... Fíjate, el 15 de Marzo...

Mientras soltaba estas cláusulas misteriosas devoraba con la vista al que la contemplaba alarmado. Un goce maligno dilataba su antes oprimido pecho.

—¡Tramposo!—pensaba—defraudador... Ya te tengo en mis uñas. ¡Qué placer, lo que te preparo!

La extraña y frecuente metamorfosis del sumo querer en odio sumo se verificaba con rapidez eléctrica. Y el peor odio, el que anhela proximidad, el que es amor vuelto del revés, amor podrido. Parecía un fenómeno repentino, y quizá no lo era. También el odio de Mercedes, como el desvío de Quintín, se había incubado lento, lento, ante los rasgos de indiferencia del amante fatigado, ante la comprobación del disimulo y la mentira, ante los indicios de debilidad y bajeza, ignominia de los rompimientos amorosos. La enloquecía la idea de que Quintín era sabedor de su viudez y callaba para evitar la contingencia de una proposición de matrimonio. ¡Qué vergonzosa precaución!

Y se encendía en furor, en rabia justiciera. ¡Todo es perdonable menos el engaño! Recordaba mentalmente los sacrificios hechos, las ternezas prodigadas, la honra descuidada, tan-

tos años de constancia, de complacencia, tanta fe, tanta sinceridad, el corazón y el alma siempre asomados á la boca en un impulso de lealtad y abnegación continua... «¡Y este es el pago!» Sus labios se estremecían; con tremenda fuerza de voluntad, ensangrentándolos, volvió á dominarse. ¡Calma, calma para vencer!

—Me hace fijarme en la fecha de hoy—pensaba azorado Quintín—porque está enterada de lo de su marido... Defendámonos, echémonos fuera... No entiendo—dijo en alto—qué tiene que ver el 15 de Marzo con...

—¡Ya lo entenderás! Ahora vete donde quieras y haz lo que gustes; sólo te pido—creo que tengo títulos para pedirte algo—que me empeñes tu palabra de no realizar nada *definitivo* antes del otoño... Antes del mes de Octubre, ¡Contesta!

—¡Criatura!—exclamó él ya sosegado, transigiendo—¿A qué llamas *definitivo*? ¿Sigues con la manía de mis soñadas bodas? Te juro...

—No jures; ó, mejor dicho, no perjures—gritó ella con un hipo de cólera—. Los juramentos son cosa propia del amor... y tú ya...—Al hablar así se descompuso, expresando infinita angustia, el semblante de Mercedes—. Pido lo que entre indiferentes: la palabra de caballero. ¿No te casarás antes de Octubre?

—¡Qué tema! Si no se me ha ocurrido...

—¿Prometes ó no?—El acento conminaba, forzaba la voluntad.

—Si te empeñas... bien puedo prometerlo..., y lo prometo por mi honor.

—¿Por la sepultura de tu madre?

Carrillo de Albornoz titubeó un momento. ¡Su madre mezclada en tal escena! Acabó por resignarse.

—Corriente, si eso te tranquiliza... por la sepultura de mi pobre madre. ¿Te basta?

—Necesitaré saber tu paradero, si sales de Madrid... porque llegará un instante en que tendré una comunicación que hacerte.

—¿Una comunicación?

—Y muy grave. ¡Gravisima!

—Lo dicho—volvió á cavilar Quintín—. Me participará que es viuda; no está segura aún... y por eso no me lo encaja ahora... Contemporicemos; todo acaba por arreglarse. ¡Zafémonos!—Y acercándose, en finta de enternecimiento, sopló en las sienes y cabellos de su amiga, rozándolos con labios flojos, algunas palabras, farfulladas, que pretendían ser dulces...—Te escribiré... No faltaba más. Ea, juicio, Ceditas, si no sucede nada... Jesús, cómo eres de cavilosa. Un viaje, ¿qué tiene eso de particular? Adiós, no me seas chiquilla...

El último tibio consuelo se perdió entre el abrazo y el beso de despedida, voluntariamente estrecho el uno y prolongado el otro.

IV

—¡Judas!— tartamudeó la señora después de oír el castañetazo apagado de la puerta que se cerraba. Por un instante permaneció de pie, limpiándose con el pañuelo húmedo y arrugado la frente y las mejillas; luego lo arrojó con grima sobre la mesa. Se desplomó otra vez en el sofá y meditó—una de esas meditaciones intensas en que las fuerzas del discurso parecen centuplicarse—. El plan entero se desenvolvía, claro y lógico, como una comedia de trama bien urdida y en que están fundadas las peripecias. Rió en alta voz, con sarcástica risa—. ¡Soberbio!—Y tocó el timbre. La doncella acudió, peripuesta, con blancuras de delantal bordado sobre la librea de lana negra de la domesticidad femenina — A Amalia que suba un momento... Tengo que saber, si encontró por fin esa lavandera buena de que hablamos. ¡Ah! —añadió como el que hace memoria—. Y usted, Alejandra, váyase ahora mismo á la calle del Carmen, á todas las tiendas en que gasto, y tráigase muestras de géneros negros, cachemir fino y crespón inglés... Antes preguntará usted en casa de madame Bourbette si ha arreglado mi sombrero gris... Si no lo arregló que no lo arregle ya... Que me envíe modelos ne-

gros... Pase usted también recado á Ifigenia, la modista, que la necesito...

—¿Tiene luto la señora?—interrogó la doncellita, muy amiga de curiosear.

—Sí... Traiga usted también muestras de glasé para los fondos... ¡Ah!, guantes negros de mi medida...

Despachado para buen rato el testigo peligroso, la señora esperó á la mujer del pueblo, á quien iba á imponer—¿por qué medios?—su intención vengadora. Creía Mercedes adivinar el modo de ser de la Amalia, su psicología no muy complicada, y una inspiración pronta, feliz, la dictaba lo que debía decir y hacer en tan decisiva ocasión. Empezó, pues, por dar suelta á las lágrimas antes reprimidas y reabsorbidas, y así, bañada en llanto, fué como recibió á la vehementemente chulapa, «toda corazón desde la punta del pelo hasta las uñas de los pies».

—¡Jesús! Pero, señorita, ¿qué ocurre? ¿Ha pasado alguna desgracia?

Y la penetración mujeril de la portera relacionó instantáneamente la actitud de Mercedes con el «metimiento en sí» del señorito... «Vamos, se han peleao éstos»...

—¡La desgracia mayor de mi vida!... El señorito Quintín y yo hemos acabado... acabado para siempre...

Nueva explosión de llanto, y sobre todo, aquella brusca, halagüeña confianza que depositaban en ella, derritieron la de suyo blanda manteca de las entrañas de la chula. Señá Malia era también así, contadora de sus penas,